

Figuras hermenéuticas en Trabajo Social contemporáneo.

Dr. Víctor R. Yáñez Pereira

RESUMEN

Nuestra premisa es que el cambio de lógicas se traduce en el Trabajo Social contemporáneo. Esto conlleva una constante revisión de sus enfoques, siendo la hermenéutica una matriz teórica capaz de movilizar el saber a través de una política de lenguaje desplegada como acontecimiento y texto (en sus múltiples expresiones). Así, se hacen fructificar figuras discursivas, inspirando el potencial de comprensión sobre lo que dicen y/o silencian en cualquier ámbito de realidad. Entonces, este artículo expone que mientras las figuras hermenéuticas, por el ejercicio crítico de la duda sobre contenidos históricamente situados, rescatan el sentido de luchas discursivas con que la disciplina busca dismantelar los intersticios de la cuestión social. De otro lado, sus antítesis se manifiestan en modelos analíticos y afirmativos, con cánones de verdad universales que normalizan el entendimiento y, por tanto, obstaculizan la emancipación del conocimiento. Eso, nos invita a visitar las pretensiones de validez desde las que se significa y se les ha dado significado a enunciados y argumentaciones que distinguen a Trabajo Social dentro de las ciencias sociales y la intervención en lo social, alentándonos a de-construir el vacío ontológico de sus proposiciones, para interpretarlas y explicarlas en nuestros contextos de intervención e investigación.

PALABRAS CLAVE

Hermenéutica - Comprensión Social - Lenguaje - Trabajo Social Contemporáneo.

INTRODUCCIÓN

El lenguaje hace cosas, construye, “performa” y desata realidades, desde variadas expresividades que abren o constriñen su potencial hermenéutico, en tanto actitud que llama a revelar “algo” oculto detrás de una apariencia o materia, apostándose como esa plegaria a través de la que Salomón pide para sí el “*corazón comprensivo*”. Esto, en tanto facultad de imaginar lo nuevo, que nos allega y reconcilia con lo diferente, evitando la resignación a lo dado por supuesto, como rebelión, resistencia y lucha del sentido contra la certeza del saber y la previsibilidad del conocimiento.

Hacer hablar la realidad por el lenguaje es realizar una acción, es mucho más que decir algo. Lo asumimos como un “atributo performativo” o una performance discursiva que pone el lenguaje en uso, dentro de un contexto socio-histórico y cultural que lo dota de legitimidad y fuerza. De hecho, un fenómeno que se nombra no cobra vida en virtud de una voluntad, sino de un poder discursivo que introduce subjetividad y acción cultural a una esfera comunicativa e intersubjetivamente compartida.

La “performatividad” es, por tanto, una modalidad para trabajar las cualidades representacionales de nuestro lenguaje disciplinar, portado en múltiples textualidades desde las que se forja “un desde dónde”, que ayuda a señalar ciertas influencias teóricas, políticas, éticas e ideológicas de nuestros discursos, mediante las que vamos disputando maneras de comprender, conceptualizar e inquirir las cuestiones sociales y asuntos humanos en ellas imbricados.

Aludimos a figuras discursivas que convocan una constante intencionalidad del comprender, donde la performatividad opera a partir de la puesta en presencia de diversos soportes lingüísticos, de cuyo entramado surgen efectos de verdad, poder, saber que demarcan la acción del discurso. Eso es rescatado por los aportes de la filosofía hermenéutica desde “ser y tiempo” (Heidegger, 1998), sin desestimar los avances en la filosofía del lenguaje

y la filosofía posestructuralista, donde destacan, entre otros, John L. Austin (2008), Judith Butler (2007), Jacques Derrida (1998).

Tengamos presente que la performatividad de figuras discursivas no preexiste, se erige a través del hábito lingüístico de los textos y se revela comprendiendo su constitución argumentativa y proposicional, siempre variables aunque reguladas por normas de inteligibilidad que impactan su publicidad, refrendando significados más que arquitecturas. De este modo, dichas figuras no desaparecen en el formato de la palabra, no se subsumen en la documentación, el artefacto que las almacena, un diseño gramatical o un estilo estructural, son motor de evocación y de fractura a la historia testimoniada.

De hecho, no debemos presuponer en la “figura performada” un puro término teórico, alejado de su objetivación como acción discursiva, ya que puede revelarse, incluso, como estética comunicativa de la vida cotidiana. Así, por ejemplo, la resistencia civil, las nuevas movilizaciones ciudadanas, las identidades de género, la etnicidad, pueden ser ensayadas y reproducidas como epistemologías, pero al mismo tiempo observadas e interpretadas como protestas contra-hegemónicas, desarrollos barriales, conflicto de tierras, etc., componiendo textos que incitan a su reconocimiento sustantivo y no banal¹.

En esta perspectiva, las figuras no son homogéneas, tampoco inmediatas. Sus diferencias acusan bifurcaciones entre tradición, descubrimiento e invención, configurándose desde tramas tanto mensurables como observables y aprehensibles, pues van formando principios explicativos sobre lo que sus supuestos plantean. De ahí que mientras la figura hermenéutica proyecta sentidos ocultos en lenguajes que enlazan palabras a explicaciones y estas a conjeturas de base así como a posibilidades de recontextuali-

¹ El texto ha de entenderse como escenario desde donde se forjan, se entretajan y se enredan cualidades enunciativas, campos de argumentación y fuerzas proposicionales, que pueden donarse a instancias de interpretación y explicación, inclusive las que parten en una zona basal de pre-comprensión para, progresivamente, extenderse hacia una comprensión menos ingenua y más profunda.

zarles, sus opuestos estriban en aserciones cristalizadas o, bien, principios binarios de análisis alejados de la síntesis o la contradicción y viceversa, lo que no impide que todas puedan ser leídas en las propias enunciaciones de Trabajo Social contemporáneo.

En términos generales y poco ambiciosos, este artículo expone la existencia de figuras, contra-figuras e infra-figuras hermenéuticas que se cruzan y transitan en la investigación e intervención, por lo que sus razonamientos argumentativos ameritan revisión, fructificación y/o refutación. Como diría Karsz, estas figuras se alimentan recíproca e indefinidamente:

“[...] Aunque a veces cada una excluya a la otra, esto implica la presencia, nunca del todo muda, de la figura opuesta. Difieren en todo, pero sus diferencias se definen, en parte, unas contra otras y gracias a ellas” (KARSZ, S., 2013: 96).

En rigor, comprenderlas posibilita poner en escena no sólo gnoseologías, sino ante todo sus ontologías, con miras a dismantelar o de-construir maquinarias intelectuales, dispositivos y prácticas lingüísticas por medio de las que los textos se convierten no sólo en fuentes de conocimiento sino, sobre todo, en memoria colectiva.

1. SOBRE LA FIGURA HERMENÉUTICA EN TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO.

Los debates y desarrollos sobre el lugar contemporáneo de la hermenéutica se han dinamizado desde el año 1960, con la publicación de la obra “Verdad y Método” de Hans-George Gadamer, asentada en el trabajo divulgado por Martín Heidegger desde la década del ‘20. Ahí se abre un criticismo u horizonte de lenguaje, desde el que nuestros umbrales de comprensión pueden irse despertando, expandiendo y enriqueciendo. Comprender no es un

acto espontáneo ni cabalmente definitivo, es una creación constante de la interpretación crítica, que siempre implica un nuevo comenzar.

En el caso de nuestra disciplina refleja la experiencia dialéctica de una deconstrucción a la pobreza del saber sobre lo social, en tanto, espacio de acción en constante modificación, que puede ser comprendido en un juego de intercambios y tensiones entre condiciones estructurales y dimensiones simbólicas. Comprender lo social exige desarrollar un lazo de preguntas y razonamientos que permiten argumentar la interpretación sobre expresiones y efectos de lenguajes no inmediatamente evidentes pero necesarios de explicar en el presente, desarrollando nuevas modalidades de entendimiento, para rebasar las faltas y las fallas en nuestras definiciones y conceptualizaciones sobre sus contenidos de realidad.

Allí radica un trabajo hermenéutico que comporta tanto una práctica de elaboración teórica como la legitimación de un proyecto profesional que, siempre conlleva retos o arrojios disciplinares cargados de incertidumbres y probabilidades. Así, vamos produciendo un compromiso ético y político de comprensión y reconocimiento a los fundamentos contemporáneos y plurales de la sociedad, sus relaciones y sus dinámicas, conectándonos tanto con sus órdenes como con sus contingencias, para formular propuesta de cambio y transformación.

Las realidades sociales no son espacios inertes o inanimados, son textos con los que podemos dialogar, pues efectúan contestaciones al entendimiento. En consecuencia, cada texto constituye:

“[...] Una obra, una institución que se origina en el más allá y se encarna temporariamente en el más acá. Aunque está obligada a explicarse; de ningún modo podría justificarse, rendir cuentas, salvo a aquel de quien recibe una misión” (Karz, 2013: 127).

Los textos cumplen misiones que son reveladas al comprenderlos.

Hablan en el correr del tiempo y, por tanto, se hacen públicos a la lectura interpretativa de su vacío. Para Trabajo Social, esto implica pasar a otros estadios de lenguaje, a un “*espacio de debate en que las opiniones se van a enfrentar, y, por lo tanto, van a crear las condiciones para la credibilidad de las declaraciones que producen*” (Autès, 2013: 33).

Los fenómenos que afectan la sociedad no pueden ser encerrados en un laboratorio científico. Lo social envuelve un mundo simbólico al que pertenecemos y donde, también, aparece el lado sin identidad (lo sin parte), liberando tramas narrativas en ausencia, haciendo posible imaginar oportunidades y encontrar nuevo sentido al desarrollo, la justicia, la libertad, la inclusión, la paz, etc.

Así, la disciplina debe situarse en un umbral hermenéutico que oriente desciframientos a los múltiples lenguajes de lo social, acercándose a su época, a su cultura y, también, a su memoria política. Es una invitación a develar desde qué lugar y sobre qué principios nos involucramos con la realidad, pues “*nunca miramos el mundo con ojos neutrales, lo miramos como sujetos vivos, interesados y, también, implicados [...]*” (Vattimo, 2014 [2]: 50).

Por tanto, no podemos pensar lo social desde afuera. “*El Trabajo Social se ocupa de lo que no es presentable [...] y tiene la función de establecer su representación*” (Autès, 2013: 243). Eso muestra la necesidad de generar movimientos de descentramiento a posturas epistemológicas esencialistas y onto-teológicas.

De este modo, las figuras hermenéuticas emergen como crítica a las teorías del sujeto y/o a los estructuralismos, debido a que tales posturas, en sus distintas vertientes y tras el principio aristotélico de no contradicción, imponen una concepción de identidad fija, cuya principal función es la de reificar discursos, tanto normalizadores como totalizadores.

En término de identidades, por ejemplo, su potencial en Trabajo Social contemporáneo nos llama a reconocer que en la investigación e intervención no es lo mismo hablar de clientes, sujetos,

subjetividades, personas, actores o agentes. En cada una de esas nociones, subyacen distintos regímenes de mirada, fundamentos discursivos, dispositivos lingüísticos, prácticas comunicativas, que efectúan designaciones y legados que podemos trabajar como objetos de análisis, para traducir efectos de clasificación, estratificación, discriminación, diferenciación, participación, cooperación, responsabilización, etc. y, desde ahí, proponer alternativas de re-significación, incidencia y potenciación socio-política.

La figura no es la forma, sino el “no-objeto” desde el que ella se forja, por eso sólo pueden ser develadas en torno a las condiciones de un determinado contexto de interpretación y explicación. Es la imagen que se proyecta como resultado de diversas distinciones sobre un objeto de lenguaje, es una fuente de expresividad del modo de ver algo y problematizarlo como cuestión reflexiva o analítica.

Por consiguiente, las figuras hermenéuticas emergen en los intersticios de un contexto en desarrollo, mediante “*modelos de comprensión que son retro-proyectados y proyectados*” (Palmer, 2002: 275), sobre múltiples significantes que nos correlacionan con el mundo social. Es un ejercicio político, no exterior a nosotros mismos, una apuesta disciplinar por imaginar y crear respuestas más democratizantes ante fluctuantes demandas, cuyo estatuto de realidad debe ser constantemente comprendido e interpelado como constructos, que emergen y se insertan en las hendiduras dejadas por determinadas circunstancias y condiciones históricas.

Eso, perturba la idea de que lo real se afianza en cánones de subjetivación e identificación, impuestos por lenguajes hegemónicos organizadores de discursos que instauran imágenes de víctimas, maltratados, vulnerables, incapacitados, desafiados, etc., articulados a estatutos políticos, legales, morales, económicos, etc., que son funcionales a la estabilización de un cierto orden social, estatal y de mercado. Hablamos, por ejemplo, de formaciones discursivas que mistifican cosmovisiones donde los pobres serían pobres porque quieren, las oportunidades humanas

representarían puras externalizaciones de mercado, o, la educación seguiría concibiéndose como plataforma de movilidad social.

Es allí donde se descubren opciones para romper con el postulado de que, siempre, habrá correspondencia entre posiciones, condiciones y reglas de socialización que, por sí solas, regulan la vida en sociedad. Esto, en tanto consolidan enunciados colonizadores y homogeneizantes que son transferidos como verdaderos a situaciones concretas en la vida cotidiana de los sujetos, donde Trabajadores y Trabajadoras Sociales hemos de plantearnos las preguntas de ¿qué comprender? y ¿por qué comprender?, más allá de ¿para qué comprender? o ¿cómo comprender?.

Tales consideraciones, implican rebasar los ideales decimonónicos del positivismo occidental, que aún desde el siglo XIX atraviesan la disciplina *“con una visión de pureza epistemológica, así como una tendencia a alcanzar la mejor teoría y, por consiguiente, la interpretación óptima, la pretensión de un lenguaje unificado y unificador”* (Acero, 1985: 129).

Lo social no es un material almacenado, no surge de golpe, el lenguaje contornea su escenificación, le ofrece vitalidad y movimiento. Comprenderlo no se puede *“comparar con un punto de vista fijo, inamovible y obstinado, que sólo plantea [...] la cuestión única de la opinión”* (Gadamer, 2002: 466). Debemos acercarnos a sus tonos intermedios, a sus variaciones y disfonías dejando de pensarlo como resultado de discursos imperecederos, o, como contenido de una narración impuesta por los vencedores de la historia.

Esto nos insta a asumir el desafío, por ejemplo, de que en nuestras luchas cotidianas, con fisonomías concretas de la exclusión y desafiliación social, abramos el conflicto de interpretaciones entre el lenguaje de la burocracia institucional y el de singulares dinámicas sociopolíticas, para *“rescatar principios democráticos que en la intervención hacen resurgir a la sociedad civil, para motivar y reforzar la participación desde una nueva idea de poder ciudadano”* (Martin, 2013: 48).

“Trabajo Social debe legitimar su quehacer en la realidad y no ser sólo observador de lo que sucede” (Cazzaniga, 2014: 132). No podemos pasar por alto los hechos históricos ni las condiciones bajo las que los mismos se pueden comprender. Es indispensable plantearnos conjeturas que los sometan a interrogación crítica, para dejar de partir del a priori.

Desde esta perspectiva, el potencial hermenéutico es capaz de *“colocar lenguaje a la palabra”* (Heidegger, 1992: 92), mediante un compromiso que hace justicia al principio de realidad, lo que no implica encontrar la verdad, tras el conocimiento fidedigno o el contraste de evidencias, sino legitimar o deslegitimar una plaza de sentido dado de antemano. Es, *“un regreso reconstructivo del lenguaje a lo que ya sabemos del texto”* (Crelier, 2013: 102).

Aludimos a textos dispuestos a ser desmantelados, tras una fusión de horizontes mediante la que Trabajadores y Trabajadoras Sociales articulamos lenguaje y comprensión, abriendo diálogos discursivos que se explican dentro de ciertos márgenes de lingüisticidad. Esto nos exige poner en juego dinámicas intertextuales, que acercan o expanden, mantienen o alteran la relación de sentido (lo ideal) y referencia (lo real), generando nuevos procesos discursivos, más allá de *“repetir el acontecimiento de habla original con que el texto se ha objetivado”* (Ricoeur, 1992: 87).

Los textos nos arrojan al mundo, a través de saberes que prolongan aprendizajes. No son sólo objetos de estudio, constituyen entramados dialógicos sobre hechos discursivos. Esto, por cuanto, *“el diálogo es el hilo conductor que teje pacientemente la narración de los acontecimientos y las experiencias”* (Cordero, 2011: 91), realimentando, de una u otra manera, la comunidad lingüística de la disciplina y su constante reinserción en la realidad.

Incluso, el propio Trabajo Social es textualidad, no constituye una materialidad estructural, una enticidad como la práctica de ayuda profesionalizada o la ejecución efectiva de programas sociales. Nace y se despliega en sus configuraciones discursivas,

tras posiciones enunciativas y proposiciones que van definiendo equivalencias o discordancias en su desarrollo y movimiento histórico.

Entonces, sus figuras hermenéuticas no son aparatos derivados de una razón introspectiva, sino creaciones de un lenguaje vivo que propicia procesos reivindicatorios de significación y no sólo de designación. El saber hermenéutico no depende sólo de una tarea intelectual o un interés puramente metódico, invoca una postura ideológica y política, *“no sólo para justificar su contenido específico, sino ante todo para relevar su propio estatuto de construcción de verdades, de fundamentos relativos”* (Vattimo, 1995: 117), impostados en nuestras propuestas de investigación e intervención en lo social.

En rigor, *“nos proyecta hacia fuera de las esferas que desmenuza”* (Sloterdijk, 2014 [1]: 16), despejando alternativas de emancipación, de reconocimiento y de representación socio-política. Implica desnaturalizar andamios reproductores de pobreza, dependencia, dominación, vulneración, humillación etc., desde donde debemos redescubrir misiones, responsabilidades, compromisos y promesas en una sociedad de personas.

2. SOBRE LA CONTRA-FIGURA HERMENÉUTICA EN TRABAJO SOCIAL.

Una contrafigura es una especie de contradictor que se pone frente a la figura hermenéutica, pero sin provenir de otro género, ya que estando dentro del enfoque opera “en contra” de sus desarrollos contemporáneos. Es un opuesto en su propia lógica y efectos, pues presenta una cualidad disímil en sus proposiciones y tesis, instaurándose en posición de antonomasia.

Las contrafiguras hermenéuticas se encuentran afianzadas en el *logocentrismo* occidental, colocándose como teoría y método que, por vía de la investigación, determinan el estudio de cualquier texto en la búsqueda de su *logos inmanente*. Esto, como lo instauró Platón, ilustra el constante esmero de lo verdadero, o bien, como

lo definieron los modernos desde Descartes, persigue un acercamiento externo, neutral y objetivo a los objetos de un mundo fenoménico.

Sin quedar fuera de los contenidos históricos que han dado cabida a la hermenéutica en Trabajo Social, dicha contrafigura ha de entenderse sustentada en los principios rectores del Humanismo Existencial o Filosofía de la Alteridad, la Filosofía de la Conciencia y la Filosofía Analítica – Estructural del Lenguaje. Junto a tales bases fundantes, encontramos la llamada hermenéutica metódica (Recas, 2006), que se define por teoremas fundamentalistas, centrados en la trascendencia del Yo consciente, en la identificación de la identidad del otro y en “paradigmas” normativos que regulan la aspiración de una comprensión “objetiva”, diferenciada y superpuesta a una comprensión “subjetiva” que, al estilo de la fenomenología desde Husserl, se sitúa en el conocimiento del sentido común, como piso para el modo de entendimiento mutuo.

Sobre la base del humanismo existencialista de la alteridad, la comprensión se establecería por la tensión entre identidades diferentes, un yo y un otro, el intérprete y el texto enclavado en las intenciones de su “autor”, pero, siendo este último el principal núcleo de significado. Esto rechaza la premisa de las hermenéuticas contemporáneas que descentran los sujetos y, a su vez, autonomizan el lenguaje de los textos respecto de sus autores (Heidegger, 1927, Gadamer, 1960, Ricoeur, 1965, Vattimo, 1981, Beuchot, 1997).

Más bien, se trabaja sobre el presupuesto de que existen significados y significaciones, los primeros provistos por quien formula el texto, mientras que los segundos son esgrimidos por quienes los intentan comprender. Por tanto, la contrafigura hermenéutica trae una inclinación hacia la comprensión entre sujetos existentes, personalidades que se comunican por el lenguaje, lo que, de una u otra manera, implica pasar de lo general a lo individual, por “*una lectura, una exégesis y nunca por una intuición*” (Lévinas, 2005: 22).

Sería un esfuerzo por explicar lo que quiere decir el autor

(incluidos sus fines), con miras a llegar a la objetivación de la interpretación. El Trabajador y Trabajadora Social se comportarían como una especie de exégetas de los discursos de las personas (individuales o colectivas) con quienes trabajan. Así pues, el sentido se encontraría del lado de los y las profesionales, cuya experiencia de comprensión se activaría por la ocupación de interpretar la alteridad, incluso a través de palabras (como lo definió la filología).

El texto constituiría el otro que viene hacia nosotros, al que nos donamos en su propia esencia ontológica, en su interioridad existencial. Configuramos “*una identidad yuxtapuesta*” (Lévinas, 2012: 300), tras un esfuerzo de significación centrado en la razón o conciencia del yo, donde la hermenéutica se concibe como teoría y método explicativo.

Algunos ejemplos pueden encontrarse en los modelos de mediación circulares-narrativos o en enfoques psicoeducativos, ideográficos o de construcciones sociales, puestos al servicio de la denominada terapia discursiva no normativa, que Trabajo Social ha procurado incorporar en sus procedimientos, con un franco reposicionamiento desde el año 2000 del presente siglo.

Desde una mirada centrada en la filosofía de la conciencia o del Yo trascendental, él y la Trabajador/a Social, en cuanto sujetos cognoscentes, se definen competentes para construir representaciones sobre el mundo mediante objetos cognoscibles, lo que implica un análisis conceptual puesto en contraste con experiencias singulares y sus condiciones de posibilidad.

Los y las profesionales, sustentados en métodos de comprensión, como estrategias de investigación, se dirigen al entendimiento de significados particulares en los que se reflejan complejos fenómenos históricos, culturales y espirituales, que se busca conocer como hechos concretos, intentando capturar la realidad de ciertos objetos mediante registros teóricos de conocimiento y estructuras metodológicas, pero, sin aprender de sus interrelaciones o interpelaciones que, por lo general, son concebidas como variaciones

que deben ser corregidas.

¿Cómo no recordar nuestra formación inicial de los años ‘90?, cuando se nos repetía que no podíamos “involucrarnos” con los “casos”, ni tampoco dejar afectar la mirada por las formas de vida de sectores postergados, como si pudiéramos negar nuestra propia condición humana.

“Sin referencia a lo ideológico, valórico o político, la importancia de la orientación teórica del Trabajo Social no se puede evaluar en su totalidad. [...] Demostrar, la pregunta de si el Trabajo Social cumple su mandato de manera eficiente y eficaz no puede responderse limitando la observación a la medición de resultados y mejoras, debe abordar los procesos de cambio político” (Lowrenz, 2012: 493).

En esta perspectiva, la comprensión se remitiría, solamente, a una pre-estructura ontológica, que para ser validada reclama de una idea de verdad “*distanciada*” (Husserl, 1992: 103). Sobre esa base, el Trabajo Social siempre actuaría frente a un entorno que lo rodea, concibiendo lo social como “algo fuera de él” que, por lo mismo, puede identificar, calificar y nominar según modelos teóricos y procedimientos de observación empírica, mientras que la “*comprensión estaría contenida en el acto de la conciencia*” (Szalisi, 1973: 53). Nos transformamos en meros descriptores o traductores univocistas de los textos, como sucede en las actuales prácticas periciales, las evaluaciones psico-sociales, las crónicas de grupo o los diagnósticos participativos. En ellos se recaba información directa respecto de situaciones de hecho y experiencias reales, donde la interpretación es genérica, pues, por un lado, se supone que los datos son heurísticos y hablan por sí solos, o, por otro, es la teoría la que debe significarlos.

Pensemos, por ejemplo, en cómo la mayoría de los profesionales que trabajan en el área infanto-juvenil califican la vida cotidiana de niños, niñas y adolescentes, desde modelos y pautas sustentadas

en categorías arbitrarias y estigmatizadoras, predeterminadas, impuestas y dispuestas por una ley, una política o una ciencia; sin releer lo sustantivo del lenguaje que orienta tales discursos respecto de los *modus vivendi* particulares que, a la inversa, son codificados por un test, una escala, un indicador.

La verdad de los hechos sería producida por regímenes de veridicción, por lenguajes oficiales y discursos hegemónicos validados que circulan y operan como fundamentos arquetípicos de los fenómenos, estandarizando realidades con prescindencia de ellas mismas. Dejemos a la vista las proclamaciones de ciertas políticas y programas territoriales en Chile, como “Quiero Mi Barrio” o “Barrio en Paz”, los que despliegan el slogan de una agenda política en curso, en vez de construir consignas ciudadanas desde la memoria discursiva de dichos sectores.

De otra parte, atendiendo a los aportes de la filosofía analítica, el lenguaje sería entendido como estructura, una totalidad en sí misma, en que el significado de conceptos particulares depende de las relaciones que logremos rescatar dentro de una arquitectura o conjunto amplio de discursos (sincrónicos o diacrónicos). Así, se podría comprender las dimensiones pragmáticas y sistemáticas subyacentes que definen una organización narrativa (Moreno, 2006: 27), como ocurre en el análisis estructural de discurso, el análisis documental o el análisis de contenido textual.

El lenguaje de los textos, para ser interpretado, se organizaría en tres planos, a saber: el *formal* (que apunta hacia el orden narrativo y la lógica de la narración), el *sintáctico* (que incide en la organización de relaciones de oposición y homología entre elementos del discurso) y el *pragmático* (que contempla la función de un contexto en la cosmovisión del texto) (Baert, 2001: 32). Los textos serían vistos como entidades inteligibles, donde las partes se esclarecen recíprocamente, por la concomitancia que existe entre lenguaje y pensamiento, es decir, entre lo que se dice y se interpreta.

Se impone la *techne* sobre la *phrónesis*, estableciendo un punto

arquimediano en la interpretación de enunciados verdaderos o falsos. Lo fundamental es asegurar la posibilidad de corrección a la interpretación, que sería una “reconstrucción” o “reproducción” al carácter originario de un texto, mediante análisis de elementos y estructuras establecidas en él, para aclararlas, justificarlas y fundamentarlas, a partir de un modelo de explicación conceptual que es prescrito teórica y metódicamente.

“Desde fines del 1800 aparecen escritos acerca de la preocupación por encontrar y definir modelos teóricos que sirvan de referencia para la práctica y mejora del Trabajo Social [...] para la comprensión de los problemas sociales y su correspondiente análisis en la aplicación de los métodos” (Martin, 2013: 64).

La comprensión sería un medio que aplica un sentido general ante una situación concreta, como lo realizan las prácticas jurídicas, teológicas y psicologistas (Betti, 1998: 63-66). Acá, la teoría ejerce una función iluminadora a las formas de investigar, por tanto, *“la hermenéutica no es un preámbulo ornamental, sino el principio regulativo y el método que guía y clarifica la fijación del sentido del texto”* (Szondi, 2012: 13 – 14). El saber comprensivo sería un producto de la ciencia, asumida como placenta del conocimiento.

Aún cuando en el lado manifiesto, la hermenéutica desde Dilthey no buscaría inscribirse en las ciencias nomológicas del siglo XX, desde posturas metódicas, en gran medida, esta se sitúa en dicha modalidad de administración técnica del saber. Persigue pasar desde una intelección ingenua e inaugural hacia una madura, *“en el formato de la pericia filológica”* (García, 2013).

Del lado metódico fuerte, las contrafiguras hermenéuticas son expresión de la filología del romanticismo, refinada con los trabajos de Schleiermacher y, la filosofía de la cultura y la historia explicitada en los avances del mismo Dilthey, seguidos por las obras de Betti (1890 – 1968), Eric Hirsch (1928), Peter Szondi (1929 – 1971), Georg Misch (1930), Joachim Wach (1933), Otto

Friedrich Bollnow (1937), Erich Rothacker (1944). Desde ese prisma, las contrafiguras hermenéuticas han marcado tendencia en Trabajo Social al confundir el método con la lógica que orienta el entendimiento e intelección de los y las profesionales, así como la representación de su praxis, por la necesidad de centrar el conocimiento a partir de un objeto, tras la preeminencia de una intervención programática que, paradójicamente, intenta responder a una teleología de la acción que, a partir de lo instituido, aporta a la funcionalidad de un determinado orden, lo que queda de manifiesto en esfuerzos profesionales por comprender lo social a través de macro-perspectivas, entendiendo a los sujetos como efecto de las estructuras y/o de las posiciones que ocupan en ellas, más no por su sujeción a maquinarias de conocimiento y poder que les inducen a experimentar el mundo de una forma determinada.

3.- SOBRE LA INFRA-FIGURA HERMENÉUTICA EN TRABAJO SOCIAL.

El prefijo *infra* es, sin duda, aquel al que se le ha prestado más escueta atención en la literatura social contemporánea (Rifón, 2014: 88). Por lo general, se emplea para denominar la formación de un lugar o sitio “menor”, “inferior” o “por debajo de otra cosa”. Por consiguiente, las *infra*-figuras hermenéuticas en Trabajo Social acuñan presupuestos de conocimiento reduccionistas y fragmentarios, que parten de separaciones entre posiciones presumiblemente fijas. Esto se muestra, por ejemplo, en algunas tesis que sobre el surgimiento de Trabajo Social se empeñan en determinar que su naturaleza es pre-moderna o, bien, anti-moderna, según postulados y enfoques dicotómicos que, tras una visión genética, instauran la idea de una historia endogenista, de un lado, y, una exogenista, de otro.

Eso, según Peter Sloterdijk (2014 [2]) designa una “*auto-clausura de la esfera*” (174), que impide miradas vinculantes entre lo próximo y lo lejano, lo grande y lo pequeño, lo íntimo y lo global. Clausura que, en la superficie de la ciencia, se forja en la industria-

lización, no sólo económica sino también política y cultural, manifestando las patologías de la racionalidad occidental, enraizadas en un carácter dual entre conocimiento objetivo y subjetivo.

Se retoman polarizaciones clásicas (alejandrinas y antioquenses), entre una comprensión univocista y otra equívocista (Beuchot, 2004: 27). La primera se esmera por alcanzar el sentido literal que define a un texto, con base en su contexto original de enunciación, mientras que la segunda, pone énfasis en comprender el sentido alegórico que ofrece la libertad del intérprete para generar nuevas significaciones, lo que es resultado de los dualismos modernos que, a su vez, instauran en Trabajo Social concepciones y principios explicativos *“encallados en antinomias ficticias que pueden agruparse globalmente bajo el signo de una perspectiva subjetivista y otra objetivista”* (Belvedere, 2012: 10). Los mismos, expresan una fractura entre ser real y ser ideal, alma y cuerpo, mundo de las ideas y mundo de la experiencia, razón y fe, sujeto y objeto, apariencia y realidad, necesidad y libertad, espíritu (*res cogitans*) y materia (*res extensa*), razón pura y razón práctica, naturaleza y sociedad, etc.

El Trabajador o Trabajadora Social pone su investigación y su intervención, cada cual desde su vereda, en la connotada dicotomía agente – estructura, que monta dos supuestos extremos, propios de teorías estructuralistas (des-subjetivación) y teorías comprensivas (des-materialización). De un lado, se afirma que los sujetos sociales estamos determinados como autómatas por macro-estructuras, y, de otro, que nuestra capacidad de agencia nos libra de estas estructuras que, a la vez, construimos; pero, *“dejando siempre a la deriva una posible visión segregada y orwelliana de lo social”* (Autès, 2013: 50).

En esta tensión, por dar un ejemplo, el Trabajo Social tecnológico, impostado más fuertemente en Latinoamérica desde los años ‘80, ha venido pregonando por el equilibrio y concordancia de los sistemas sociales, apostando por la funcionalidad y normalización del comportamiento humano en sociedad. Mientras que,

en oposición, los seguidores del interpretativismo, desde los '60, han exacerbado la idea de realidad como construcción cotidiana.

Personajes como Ander Egg, Aylwin, Lima, Llovet, Zamanillo, por nombrar algunos, al mejor estilo escolástico, han llevado al Trabajo Social la sentencia de que las posiciones epistemológicas son, esencialmente, excluyentes entre sí y, por lo mismo, en sus tradiciones no hay puntos de sutura, de enlace, ni de convergencia. Es más, aún continúan tendencias ortodoxas que tildan los esfuerzos epistemológicos de mediación e integración como expresiones eclécticas, posmodernas o, simplemente, *sui generis*.

Sobre la base de dicho engaño, se ha instaurado una pugna entre los paradigmas maestros de la investigación, que desunen la explicación y la interpretación. Eso, pese a que la distinción entre interpretar y explicar fue dirimida por Weber (1921), quien propuso una interpretación explicativa de la acción social, para abordar las conexiones de sentido último que la originan. Lo mismo, conlleva a explicar la realidad haciendo explícito el sentido que motiva a los sujetos a actuar en ella. Cuestión que reclama también tomar en consideración las condiciones históricas, estructurales y materiales en las que ese sentido se hace posible.

En pro de una precisa autonomía epistemológica y metodológica entre paradigmas explicativos e interpretativos se ha instrumentalizado, incluso, una "*diferencia operativa entre cantidad y cualidad*" (Ricoeur, 2008 [2]:81-83). Se abordan los métodos de carácter cualitativo, en oposición a los estudios cuantitativos, lo que alcanza preeminencia con la obra de Kerlinger (1964).

Así, hemos aprendido a diseñar estudios basados en las características de su método, llegando desde modelos copernicanos, que instauran la lógica deductiva, hasta los enfoques inductivos, tal y como se expresa en los cánones de John Stuart Mill (1843), en los que se asientan la etnometodología, el interaccionismo simbólico, la teoría fundamentada, tan en boga en Trabajo Social desde el cambio de milenio. Eso, aun cuando el hecho que las investigaciones sean cuantitativas o cualitativas alude, más bien, al tipo de

datos que recogen, a los instrumentos empleados, así como a la forma de organizar y analizar esos datos.

Aquello ha afectado nuestra problematización de los objetos, la formulación de preguntas y objetivos, así como la extracción de datos y su análisis. Tal régimen de ficción se mantiene, inclusive, en las investigaciones multi-métodos, que más bien se restringen a estrategias de *complementación* (independencia de resultados), *combinación* (subsidiaridad metodológica) y *triangulación* (resguardo de los métodos) (Bericat, 1998: 34 - 39). Esto pese a que, en rigor, sería el interés cognoscitivo y no el método o el objeto mismo, el determinante de los caminos que se siguen en la búsqueda del conocimiento científico.

“Las discusiones son interrumpidas por estas oposiciones entre grandes alternativas que suministran constantemente la producción de sentido”. [Impidiendo ver que] “los sistemas de interpretación se reúnen en un diálogo conjunto: las causas sociales v/s las causas individuales, orígenes orgánicos frente a los trastornos psicológicos, la herencia o el medio ambiente, lo innato o lo adquirido, etc.” (Autés, 2013: 23).

El marcado acento verbo-centrista de las autodenominadas ciencias aplicadas, donde muchos académicos se empeñan en colocar a Trabajo Social, realimenta las infra – figuras pues relegan la hermenéutica, al igual que la fenomenología, a estrategias subsidiarias o auxiliares de investigación. Nos conducen hacia una suerte de “sincretismo metodológico”, que aleja la teoría de la práctica así como la investigación de la intervención, sin discernir que las técnicas no determinan por sí solas la comprensión.

En rigor, se privilegia una funcionalidad operativa mal entendida como práctica. Como si la teoría no fuese la aplicación del conocimiento, como si la acción no fuese una expresión del lenguaje, como si la abstracción no fuese un ejercicio del pensamiento. Los conceptos de dato y de signo (materia-espíritu) se piensan por

carriles distintos, poniendo a uno en el lugar de lo real y al otro en el de lo imaginario, desconociendo que ambos son códigos lingüísticos.

El y la profesional se limitan a entender la mecánica de procedimientos que aplican en sus decisiones y acciones de investigación e intervención. Se asume un pragmatismo utilitarista, que olvida las consecuencias de acceder al conocimiento y expresarlo, cayendo en códigos o alternativas binarias de distinción, como si sólo desde una de ellas pudiéramos reconstruir la complejidad de lo social, por ejemplo, con enfoques de género que ontologizan identidades, olvidan la violación de estas entre parejas del mismo sexo, marginan el sentido de nuevas masculinidades, etc. Es algo así como mirar el desarrollo cultural en la expresión de las artes y las humanidades, oscureciendo el saber popular, costumbrista y cotidiano.

Ahora bien, para el Trabajo Social contemporáneo ya debería ser sabido que los fenómenos son multidimensionales y así deben ser estudiados e intervenidos. El conocimiento de lo económico, cultural, político, etc., tendrían que pensarse como partes conexas de un texto social y abordarse mediante un plexo entre teoría y política, interpretación y explicación, análisis y comprensión, sin perder de vista que el propio correr de nuestra época nos ha mostrado que el conocimiento se vincula al interés (Habermas, 1997), las decisiones científicas son además decisiones ideológicas (Bourdieu, 2003) y que las objetivaciones se ciñen a formas históricas de subjetivación (Giddens, 2001).

REFLEXIONES FINALES

En una sociedad del conocimiento, de la información y de los servicios, la formación de profesionales debe asegurar el desarrollo de capacidades suficientes para situarse en contextos complejos y escenarios emergentes. Ello incide en que miremos, también, a Trabajo Social como un símbolo de la época, pero, sin

desestimar que sus nuevos perfiles deben concebirse inacabados, lo que responde, por definición, a su condición interrogativa, a su relativa autonomía para resituar sus miradas y contestaciones. Ahí radica la importancia de replantearnos lógicas y enfoques, que sustentan miradas sobre la sociedad, la disciplina y la construcción del campo profesional, rebasando los resabios de las tendencias confesionales y tecnológicas, mediante preguntas ontológicas a las figuras que sustentan concepciones sobre la profesión.

En el actual clima político donde se cuestiona el realismo del bienestar, Trabajo Social enfrenta un serio escrutinio en torno a sus fundamentos y legitimidad, en un contexto ideológico caracterizado por la eficiencia de los procedimientos y la privatización de la responsabilidad social. No olvidemos que la complejidad de estos tiempos emerge en la antinomia entre orden y desorden, lo que interpela nuestra inserción en aquellas cuestiones que, en el espacio de las relaciones sociales y sus actuales contradicciones, se manifiestan, por un lado, como agravios o humillaciones a la dignidad y, por otro, como luchas por el reconocimiento, la redistribución y la representación ciudadana.

Así pues, las matrices contemporáneas de Trabajo Social son indispensables para dismantelar las formas en que la modernidad ha plasmado esquemas de análisis generales y marcos de referencia homogéneos acerca de lo social, que no se constituye como algo medible por las estructuras racionales de la ciencia moderna. Sólo puede ser entendido cuando llega a hablar a través de una circulación de interpretaciones y explicaciones, formando un espacio de debate.

Para este caso, la ontología vacía de la hermenéutica nos permite introducir la idea de lenguaje como experiencia ideológica de lo social, como mundo y vida que nos habla en las hendiduras y bifurcaciones de las cosas, las palabras y los términos, pues cada uno de ellos no se constituye en la falacia de un orden lineal, sino en su deconstrucción. Es una fuente de sentido entre comprensión y mundo, una *“política de la libertad de interpretar el acaecer de la*

realidad” (Vattimo, 2014: 32), trazando franjas de diferenciación y colisión entre objetos discursivos.

No debe incorporarse como oportunismo teórico, debe cohabitar con diversas lógicas que en la formación esperan desarrollar una base de conocimiento sistemático para el Trabajo Social contemporáneo. Un saber que no se enclaustra en el plano académico, sino que nos sume a un proyecto intelectual y político que se movilice en la intersección de fuerzas sociales e institucionales, posicionando procesos de investigación e intervención en relación con un contexto histórico específico, ya que *“el Trabajo Social es siempre social, moviliza competencias socialmente reconocidas y produce bienes y servicios destinados a un consumo también social”* (Karz, 2013: 11).

Nuestra disciplina aparece como un campo de poder, un lenguaje que le significa, explica e interpela, un saber que se moviliza entre gramáticas de la cuestión social, generada y reproducida por el capitalismo tardío y sus múltiples estrategias de colonización a diversos modos de vida, en cuya tensión se reproduce la “séptima función del lenguaje”, propuesta por Laurent Binet (2017), esto es, su fuerza transformadora, su carácter performativo basado en figuras discursivas capaces de forjar duelos retóricos y luchas semánticas.

Por esa vía la hermenéutica invoca la emancipación del sentido, inquiriendo a no renunciar a la resistencia frente a un presente precario, violento e inestable, ya que en las múltiples figuras discursivas podemos hacer confluír la comprensión sobre la manera en que clasifican y organizan tanto el entendimiento como sus representaciones en objetos con que se compone la realidad. Así pues, en cualquiera de sus expresiones estas figuras no constituyen esferas neutras. Son actuosas, se reproducen como *“un receptáculo en el que estamos inmersos [...] pasándonos por conflictos, crisis y catástrofes en el traslado de una [a otra en el tiempo]”* (Sloterdijk, 2014 [1]: 14).

Proyectan una postura por medio de sistemas referenciales.

Reflejan “*el sentido entronizado en el interior de los textos*” (Vattimo, 1992: 181). Muestran lo que subyace a eventos de discurso cuya unidad está en la combinación de signos que aluden a lo real y lo simbolizan, connotando una cierta suficiencia significativa.

Las figuras hermenéuticas de Trabajo Social contemporáneo se asientan en la ruptura con aquellas corrientes de pensamiento que parten de existencialismos esencialistas o naturalistas sobre la realidad, concebida por los mismos como una totalidad universal e invariable en la que sus componentes se encuentran inmersos y distribuidos. Nos referimos a un “status quo” que lleva a la disciplina a formular enunciados unívocos y postulados científicos causales donde, incluso, nuestra propia costumbre hermenéutica arrastra una herencia tanto metafísica, fundamentalista y humanista como empirista, racionalista y positivista.

Son textualidades cuyos registros pueden y deben pasar por el ejercicio político de la comprensión, cuestionando y desmantelando franjas hegemónicas en múltiples formaciones discursivas. No olvidemos que los textos rompen sus convenciones, cada vez que les inquirimos a no declinar, a través de ellos Trabajo Social se realiza en lo social, al tiempo que lo escudriña y modela, tras la disolución de determinismos, reivindicando lo que se reconstruye a posteriori y el constante reposicionamiento del saber, volviendo a mirar y reinventar lenguajes, discursos y proposiciones.

BIBLIOGRAFÍA

- ACERO, J. (1985). *Filosofía y análisis del Lenguaje*. Madrid, España. Ediciones Cincel.
- AUSTIN, J. (2008). *Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Paidós.
- AUTÈS, M. (2013). *Les Paradoxes du travail social*. Editorial Dunod. París, Francia.
- BAERT, P. (2001) *La Teoría Social en el Siglo XX*. Madrid, España. Editorial Alianza.

- BELVEDERE, C. (2012). *El Discurso del Dualismo en la Teoría Social Contemporánea: una crítica fenomenológica*. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Eudeba.
- BERICAT, E. (1998). *La integración de los métodos cuantitativo y cualitativo en la Investigación Social*. Barcelona, España. Editorial Ariel S.A.
- BETTI, E. (1998). *La hermenéutica como método general de las ciencias humanas*. Barcelona, España. Editorial Herder.
- BEUCHOT, M. (2004). *Hermenéutica, Analogía y Símbolo*. México, D.F. Editorial Herder.
- BINET, L. (2017). *La séptima función del lenguaje*. Chile. Editorial Seix Barral.
- BLOCH, E. (2007). *El Principio Esperanza*. España. Editorial Trotta.
- BOURDIEU, P. (2003) *El oficio de Científico: ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona, España. Editorial Anagrama.
- BOURDIEU, P. (1997). *Razones Prácticas: Sobre la Teoría de la Acción*. Barcelona, España. Editorial, Anagrama.
- BUTLER, J. (2007). *El Género en Disputa. El Feminismo y la Subversión de la Identidad*. Barcelona, España. Editorial Paidós.
- CAZZANIGA, S. (2014). *Cuestiones de legitimidad y legitimación en Trabajo Social. El caso Argentino*. Rosario, Argentina. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Rosario.
- CORDERO, N. (2011). *Trabajo Social y Hermenéutica Crítica: una opción metodológica para desvelar elementos éticos en los orígenes de la profesión en Sevilla*. Portularia. ISSN: 1578-0236, Vol., 9, N°1: 87 -97.
- CRELIER, A. (2011). *Introducción a la Filosofía Hermenéutica del lenguaje*. Buenos aires, Argentina. Editorial Biblos.
- DERRIDA, J. (1998). *Márgenes de la filosofía*. Madrid, España, Editorial Cátedra.
- GADAMER, H. G. (2004). *Hermenéutica de la Modernidad: conversaciones con Silvio Vietta*. Madrid, España. Editorial Trotta S.A.

- GADAMER, H.g. (2002). *Verdad y Método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Tomo 1 y 2. Salamanca, España. Ediciones Sígueme.
- GARCIA, C. (2013). *Introducción a la Mitología Griega*. Madrid, España. Editorial Alianza.
- GIDDENS, A. (2001). *Las Nuevas Reglas del Método Sociológico*. Madrid, España. Editorial Amorrortu.
- HABERMAS, J. (1997). *Ciencia y Técnica como Ideología*. Madrid, España. Editorial Tecnos.
- HEIDEGGER, M. (1998). *Ser y Tiempo*. Santiago de Chile. Editorial Universitaria.
- HEIDEGGER, M. (1992). *Ser, Verdad y Fundamento*. México, D.F. Fondo de Cultura Económica.
- HUSSERL, E. (1992). *Problemas Fundamentales de la Fenomenología*. Madrid, España. Editorial Alianza.
- KARZ, S. (2007). *Problematizar el Trabajo Social: definición, figuras, clínica*. Editorial Gedisa, Barcelona España.
- LÉVINAS, E. (2012). *Totalidad e Infinito*. Salamanca, España. Ediciones Sígueme.
- LÉVINAS, E. (2005). *Humanismo del otro Hombre*. México, D.F. Ediciones Siglo Veintiuno.
- LOWRENZ, Walter (2012). *Hermeneutics and Accountable Practice: Lessons From the History of Social Work*. Research on Social Work Practice, Florida State University. ISSN 1049-7315. Vol., 2, Nº 5: 492-498.
- MARTÍN, M. (2013) *La construcción de la Identidad en Trabajo Social. Análisis de una trama hilvanada por sus personajes*. Madrid, España. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Complutense.
- MORENO, A. (2006). *El Aro y la Trama: episteme, modernidad y pueblo*. Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez. Santiago de Chile.
- PALMER, R. (2002). *¿Qué es la Hermenéutica?: Teoría de la Interpretación en Scheleimacher, Dilthey, Heidegger y Gadamer*. Madrid,

España. Editorial Arco.

- RECAS, J. (2006). *Hacia una Hermenéutica Crítica*. Madrid, España. Editorial, Biblioteca Nueva, S.L.

- RICOEUR, P. (2009). *Sobre la Traducción*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Paidós.

- RICOEUR, P. (2008). *Hermeneútica y acción: de la hermeneutica del texto a la hermeneutica de la acción*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Prometeos.

- RICOEUR, P. (1992). *Teoría de la Interpretación: discurso y excedente de sentido*. Madrid, España. Ediciones Siglo XXI.

- RIFÓN, A. (2014). *Evolución del significado morfológico de los prefijos supra- e infra*. Estudios Filológicos. ISSN 0071-1713, Vol. 23, N° 53: 85-10.

- SLOTERDIJK, P. (2014 - 1) *Esferas I. Burbujas, Microsferología*. Madrid, España. Ediciones Siruela,

- SLOTERDIJK, P. (2014 - 2). *Esferas II: Globos, Macrosferología*. Madrid, España. Ediciones Siruela S.A.

- SZALISI, W. (1973). *Introducción a la fenomenología de Husserl*. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Amorrortu.

- SZONDI, P. (2012). *Teoría del drama moderno (1880-1950): Tentativa sobre lo trágico*. Madrid, España. Ediciones Destino.

- VATTIMO, G. (2014). *De la Realidad a la Verdad*. Buenos Aires, Argentina, Editorial Fedun.

- VATTIMO, G. (1995). *Más allá de la interpretación*. Barcelona, España. Editorial Paidós Ibérica, S.A.

- VATTIMO, G. (1992). *Ética de la Interpretación*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Paidós.

- WEBER, M. (2002). *Economía y Sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. Madrid, España. Ediciones Fondo de Cultura Económica.